



## LA VIEJA DAMA

Siente los rayos del sol que han vuelto a salir con fuerza en una mañana nueva. La ciudad se va despertando con un interminable estruendo de cláxones de motos y los timbrazos de los rickshaw. Los conductores vociferan desde las aceras a los vendedores de tortitas de sésamo. El aire se impregna en poco tiempo de mil aromas de curri y cúrcuma que desprenden las especias en los puestos callejeros. Ella comienza a mover ligeramente los dedos y nota la piel de las manos y los pies reseca y cuarteada. Sus articulaciones son ya nudosas como los viejos árboles de la avenida, aunque sus raíces no se adentran en la tierra, sino que yacen en una raída manta sobre el suelo del asfalto. Las rugosidades del tejido ajado y sucio ya no dejan ni ver el color que una vez tuvo, pero le sirven para parar el contacto directo con el suelo de la calle, duro y frío, igual que su vida. Su miserable vida.

Hoy ya ni siente el ronroneo del estómago pidiendo comida, pero sí recuerda cuando en su infancia esa misma sensación la hacía llorar de dolor por las mañanas, cuando no tenía ningún alimento que llevarse a la boca. Aprendió a crecer con la pobreza como compañera de juegos. Muy temprano perdió a su madre, la única persona que a veces la podía consolar de sus miedos y que la llamaba por su nombre, que dicho por sus labios sabía a miel. La intuición le susurraba silenciosa que ella también acabaría así, sobre una vieja manta, con la vida como una gran pena, en el pavimento de una calle de Delhi bajo un sol implacable.

El olor dulzón que le llega de los rododendros la sumerge en aquel tiempo en que su vida parecía que iba a cambiar cuando, a los catorce años, Musa la desposó. Ilusión vana, puesto que antes de haber cumplido el segundo aniversario de su boda tan sólo había recibido abusos en su carne de niña y palizas habituales cada vez que le llegaba el periodo. Un hijo quizás habría aliviado su cuerpo maltratado y su alma de la sed de amor. Pero no vino a encontrarla.

El instinto de supervivencia no lo perdió nunca y eso fue lo que la decidió a echar a volar. Desapareció de aquella casa una madrugada, cambió de ciudad, de provincia y hasta sus casi sesenta años ha estado viviendo en una continua lucha por una comida diaria, a veces solo un líquido turbio que le calienta el cuerpo. El frío ha sido adversario cada día y también el calor desmesurado del verano y las lluvias del monzón, que le empapan el sari por días eternos. Las noches sirven para buscarse un hueco escondido en la oscuridad y poder dormir sin sobresaltos, huyendo de las violaciones y las palizas, de las que ya ha perdido la cuenta, y así tener la oportunidad de despertarse otra vez.

Sonríe con lo que parece más un rictus de su boca desdentada y piensa que su mayor desesperación ha sido la falta de amor, por una amiga, unos compañeros o no haber cogido nunca la manita de un hijo barboteando ternuras. Desde que nació, la desgracia la persigue y solo la soledad ha sido su fiel aliada.

Hoy siente más cansancio de lo habitual, pestañea al notar la tibieza de los primeros rayos y, cuando abre los ojos entre legañas, le parece ver a una vieja dama que la observa desde arriba posando una mirada atenta en ella. Sabe quién es. No le tiene ningún miedo, es consciente que la acogerá por fin, porque siempre la ha sentido



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

cerca y llevada de su mano nunca más le estará esperando el dolor, la desesperanza y la marginación. Extiende los brazos para estrecharla.  
Y esta mañana, de nuevo el sol ha vuelto a brillar con fuerza.

**Autora:** María Rosa Bastante Ribes